PROYECTOS DE COOPERACION INTERAMERICANA

EMILIO ROSENBLUETH*

Necesario, conveniente, suficiente son adjetivos relativos: su validez descansa en las metas de quien los emplea. Decimos que es necesario comer; lo es en tanto que deseamos vivir. Cuando decimos que el sistema universitario de ningún país es autosuficiente, que la cooperación internacional entre universidades es necesaria, hablamos sobre la premisa de que las trasformaciones académicas no han de quedar a la zaga de los cambios sociales, políticos y económicos. Si nos importara poco el ritmo de tales transformaciones, no haría falta cooperación alguna: dándoles tiempo, las universidades de cualquier país lograrían por sí mismas lo que fuese, mas lo alcanzarían demasiado tarde.

Por algo la evolución, incluso biológica, en las islas más aisladas ha sido tan lenta. En ellas hallamos formas casi increíblemente primitivas de vida. No en vano las cunas de las principales civilizaciones se encuentran en las encrucijadas, donde las conquistas, incursiones, invasiones e intercambio comercial han hecho florecer un brillo nada comparable al de las antiguas culturas que así entraron en contacto, así se mezclaron, así se fertilizaron unas a otras: así China Boreal, Creta, Mesoamérica. Fuego y luz nacen, no de una piedra o madera, sino del frotar del pedernal y otro material pétreo, de dos trozos de madera entre sí.

Los beneficios del intercambio internacional, al menos interamericano, rebasan el contexto meramente académico. Profesores y consultores van y profesores vienen, y alumnos también, y también tesis doctorales y libros en préstamo bibliotecario y hay el intercambio de suscripciones a revistas y el intercambio de películas, diapositivas, audiocassettes y material audiovisual, y el uso recíproco de ultracentrífugas, microscopios electrónicos de barrido y mesas vibradoras para simulación de macrosismos, y está el cubrir déficits económicos con estudiantes foráneos que pagan altas colegiaturas, pero están asimismo las visitas que hacen vivir vivencias de culturas ajenas, y disfrutarlas. Es pertinente parafrasear al canadiense Marshall McLuhan: en pocos lugares como en Quebec ha sido más evidente que el medio es el mensaje: una reunión interamericana nos ha permitido disfrutar de las bellezas de esta maravillosa ciudad y recibir gentiles atenciones y hospitalidad de nuestros anfitriones. El fenómeno se da no sólo durante la asistencia de funcionarios a simposios y congresos para tratar el intercambio sino, a escala significativa, en la inmersión en culturas ajenas durante las visitas de maestros visitantes y las estadías de estudiantes becados.

Los beneficios del intercambio abarcan no únicamente el que unos aprendamos de otros, que intercambiemos y demos uso común a equipo e instalaciones y demás conceptos que he mencionado. Hay otro aspecto de particular interés; está en la visita recíproca de investigadores alertas, observadores y críticos que contribuyen a mantener viva la llama del espíritu crítico y autocrítico y de allí mantener niveles internacionales de calidad en la investigación que cada quien realiza.

Y un beneficio más: generalmente el estudiante extranjero becado siente que en su rendimiento académico se juega el todo por el todo, que tiene una sola oportunidad para triunfar, y su esfuerzo hace que ese rendimiento suela ser muy superior al de los estudiantes nacionales, en quienes flota con frecuencia la sensación de una fácil oportunidad ulterior. Esta diferencia de actitudes hace que el estudiante foráneo contribuya con su ejemplo a elevar los estándares académicos y la calidad de la docencia. Cierto que en ocasiones la presión de grandes números de candidatos nacionales a ingresar en una escuela o facultad universitaria dificulta admitir a estudiantes de fuera, pero el sacrificio de permitirles ingreso bien vale la pena. Ojalá que en todo sitio se hiciera campo para que hubiera, así fuese, un pequeño porcentaje de becarios extranjeros, y lo hubiera con espíritu de bienvenida desterrando todo asomo de xenofobia.

A nivel mucho más prosaico y en el extremo opuesto del espectro, hay universidades en los países más avanzados de la región en las que ha comenzado a disminuir la demanda de ingreso por parte de candidatos nacionales. Concomitantemente el crecimiento presupuestal de estas instituciones se está viendo frenado y, a precios reales, a veces disminuido. Allí la afluencia de estudiantes extranjeros es vista como una bendición

*Subsecretario de Planeación Educativa, Secretaría de Educación Pública, México.

sin ambigüedades, empezando por su aporte económico en forma de cuotas de inscripción y colegiaturas. Sin embargo, para atraer a estos contingentes no siempre basta con anunciar que hay cupo, sino se llega a justificar ofrecerles paquetes académicos diseñados a petición de los presuntos usuarios.

Hay mucho que añadir sobre qué hacer, qué no hacer y por qué en materia de intercambio. Aunque los dirigentes de universidades difieran en cuestiones de método, creo que todos coinciden en que la finalidad última del quehacer universitario es, como el de toda la educación, mejorar la calidad de vida de los seres humanos. Digo de los seres humanos, si bien a veces renegamos de pertenecer a la especie humana. Nos interesan más, es cierto, nuestros compatriotas, pero nos interesa también el resto de la especie. Por otra parte cada una de nuestras universidades tiene algo valioso que ofrecer a profesores y estudiantes de otras instituciones. Cada universidad conoce más sobre uno o más temas que cualquiera otra al menos conoce más acerca de la historia, geografía y modos de vida locales. De estas consideraciones concluimos que es deseable el intercambio y qué lo es no sólo en un sentido, en el de estudiantes de países subdesarrollados que viajan a los países avanzados y profesores visitantes que hacen el recorrido inverso, sino que el flujo de alumnos y profesores ha de fomentarse en ambos sentidos; así, abriendo nuestras puertas y nuestras mentes contribuimos a mejorar la calidad de nuestra vida y las de los demás. Antes de adentrarnos en cuestiones de intercambio universitario procede que nos preguntemos si se justifica la actividad universitaria misma y si vale la pena invertir recursos para ampliarla y para mejorarla. Entre universitarios la pregunta parecerá ociosa. No lo es cuando reflexionamos en que, según el país, un año de educación universitaria suministrada a un alumno cuesta desde casi diez hasta más de 30 veces lo que cuesta un año de educación primaria escolarizada. ¿Vale la pena seguir distrayendo fondos de la educación a niveles inferiores para destinarlos a educación superior? ¿No será que el crecimiento impresionante que en algunos países ha tenido esta última ha obedecido a cedencias ante grupos de presión mientras que no hay tales grupos entre alumnos de primaria?, porque si no se justificara seguir encauzando fondos hacia el nivel superior de educación, sería casi ociosa toda discusión sobre cooperación internacional a ese nivel.

Veamos la cuestión recordando que nuestro fin último es mejorar la calidad de vida de todos los seres humanos. "Todos" incluye tanto a educadores, educando y trabajadores universitarios no académicos como al resto de la sociedad. Ahora bien, desde un punto de vista superficial se justificará un aumento significativo en el monto de recursos asignados a las tareas universitarias. Incluso tan sólo por los beneficios económicos que ello redituaría a los educandos. En efecto el análisis de los ingresos económicos medios como función de los años de estudio cursados arroja cifras que varían de un país a otro, pero que raras veces son mucho menores de seis por ciento más de ingreso por cada año adicional de estudios, desde el tercer año de primaria hasta la maestría. El correspondiente incremento medio en valor presente supera por un factor significativo al costo de un año adicional cualquiera que sea el nivel educativo. De aquí que, aparentemente, desde el punto de vista del educando individual estemos aún lejos del volumen óptimo de atención a la demanda por educación universitaria. Por tanto lo mismo vale en cuanto al costo de los educadores y de los demás trabajadores universitarios. Es más, si el mercado de trabajo fuese perfecto, lo que la sociedad paga por los servicios de un profesional reflejaría lo que esos servicios valen para ella, así que la justificación sería válida también en cuanto a beneficios sociales. Pero tal análisis sería erróneo. Por una parte es necesario desagregar según las carreras universitarias, ya que el aumento en ingresos por año adicional de estudios varía pronunciadamente según la carrera; las hay incluso para las que la posesión del título universitario aumenta la probabilidad de desempleo. Por otra parte las comparaciones a nivel individual no son extrapolables a una escala masiva. El que un egresado de la universidad gane mas merced a sus estudios no significa que toda la población aspirante a esos estudios viera igualmente aumentados sus ingresos. Además, el mercado de ocupaciones está severamente distorsionado, sobre todo por la espiral inflacionaria de credencialismo, de requisitos académicos inútiles que crecientemente se exigen para ocupar cualquier puesto, y por el valor ficticio, puramente heráldico que los empleadores dan a los títulos y grados universitarios. El asunto dista de estar dilucidado. Aun así, los indicios son de que en numerosas carreras los beneficios económicos para los educandos y para la sociedad todavía justifican ampliamente un aumento importante en la actividad universitaria, no se diga en los gastos para mejorar su calidad. Sin embargo, ello no necesariamente es válido cuando los recursos han de sustraerse de los que se podrían invertir en educación básica. Parece claro además que en la mayoría de los países americanos sobreproducimos profesionales con ciertas licenciaturas

en detrimento de la producción de profesionales técnicos.

Tampoco está del todo claro el cuadro en cuanto a la justificación económica de la investigación universitaria.

No, la justificación de que selectivamente hagamos crecer la actividad universitaria y de que eroguemos en mejorar la calidad de lo que hacemos no es puramente económica. Un pueblo debe estar dispuesto -y la mayoría de los nuestros lo están- a invertir sumas considerables en preservar y fortalecer las culturas nacionales, en lograr que los educandos eleven su nivel cultural para que así mejoren la calidad de su vida, en difundir la cultura con fines análogos en lo que atañe al resto de la población, en disponer de una conciencia social como la han sido las universidades desde la Edad Media y en contribuir al acervo de conocimientos de la humanidad.

De nuevo en el contexto meramente económico merece consideración el papel de la investigación universitario en cuanto a trasferencia y generación de tecnología. Recordando que no hay sistema universitario nacional que sea autosuficiente es claro que todos los países se pueden beneficiar de importar tecnología y que las universidades ofrecen instrumentos idóneos para lograrlo, mediante el intercambio internacional y más aún merced a la naturaleza informal de las relaciones interuniversitarias y a las conexiones entre las universidades y otros sectores. Incluso cuando las diferencias políticas entre gobiernos imposibilitan las relaciones normales entre las naciones, el intercambio universitario permite que subsista la cercanía entre pueblos y entre comunidades académicas. Pero si la política en esta materia se reduce a la transferencia ciega de tecnología se introducen consecuencias económicas y culturales nada deseables, entre ellas un desestímulo a la adaptación adecuada de la tecnología importada y a la generación de tecnología propia. La transferencia del "saber cómo" ha de venir acompañada de la transferencia del "saber por qué" y de las bases tecnológicas y científicas que permiten no sólo el ejercicio de la sabiduría para recibir provechosamente sino también para generar lo propio. En estos aspectos las universidades tienen una responsabilidad sobresaliente.

Finalmente, entre lo que unas universidades deben aprender de otras está el no cometer los mismos errores y el obviar pasos innecesarios para llegar a las mismas metas, o a otras.

Hay algunas cosas que las universidades no deben hacer en su actividad de intercambio si es que han de contribuir a mejorar la calidad de vida de los seres humanos. Expresémoslas como mandamientos

- No asumirás aire de superioridad ante estudiantes extranjeros
- No asumirás aire de superioridad cuando seas profesor visitante o consultor
- No serás sumiso ni copiarás acríticamente
- No intercambiarás mediocridades
- No incorporarás a grandes contingentes de una sola extracción cultural pues pueden convertirse en círculos herméticos y desvirtuar la intención del intercambio
- Con muy contadas excepciones no intercambiarás estudiantes ni profesores más que por lapsos menores de un día o mayores de un año
- No estimularás la fuga de cerebros
- Con muy contadas excepciones no recibirás estudiantes de nivel profesional; sólo de posgrado

En estos sentidos varias universidades canadienses están poniendo un magnífico ejemplo de acciones y de estilo a las instituciones del resto de las Américas.

He hablado ocasionalmente en pretérito; otras veces intemporalmente. Conviene ahora que miremos al futuro de frente. En parte el futuro escapa de nuestro control; en esos aspectos del futuro sólo nos es dada la predicción. En parte el futuro existe para que lo diseñemos. Nos acercamos a él mediante un ejercicio de prospectiva, en el sentido francés de **prospective**, inmersos en un mundo de incertidumbres. Si elegimos la invención de escenarios como método prospectivo, éstos han de ser realistamente viables y ricos en variedad

y, en todo caso, es esencial que adoptemos un enfoque probabilista para reconocer las enormes incógnitas que caracterizan a todo problema de esta naturaleza. La aparente complejidad del tratamiento probabilista no debe ser óbice de su adopción pues se dispone de procedimientos sumamente sencillos que suministran un tratamiento aproximado, ampliamente satisfactorio en la mayoría de los casos. Son numerosos los escenarios deseables de la universidad del futuro; dependen de quiénes los deseen. Aún más extensa es la gama probable de modelos que operen simultáneamente en América durante el futuro a mediano y largo plazos. Uno de estos modelos puede ser aquel en que una universidad se encarga exclusivamente de la educación del tercer nivel -la formación de profesionales con licenciatura- mientras que varios institutos autónomos toman a su cargo el cuarto nivel -docencia de posgrado e investigación-, interactuando estrechamente con la universidad. En este modelo los intercambios internacionales serán particularmente fructíferos cuando se realicen en los institutos. Atendiendo a ello pienso que la cooperación académica interamericana no ha de confinarse a las universidades sino incorporar también a institutos del tipo descrito.

Por multitud de razones el diseño del futuro ha de ser participativo. Mi comentario abarca el diseño de proyectos de cooperación interuniversitaria. ¿Quiénes deben participar? Las autoridades, pues sin su concurso no hay plan que pueda ponerse en marcha como no sea una revolución; los que elaboren el plan y quienes lo vayan a ejecutar, y los directamente afectados por él, o de lo contrario el plan se realizará tibiamente y será efímero. Es evidente que además de reuniones como la nuestra, harán falta numerosas acciones que estimulen y hagan efectiva la participación de otros subsectores académicos y de beneficiarios del intercambio, incluyendo visionarios que representen los intereses de las generaciones venideras, para que éste se lleve a cabo satisfactoriamente y rinda sus mejores frutos.

Cuando nos referimos al futuro hemos de incluir el largo plazo. La conciliación entre sueño y realidad se logra en la selección de la metodología de planeación, destacadamente en su componente de participación, y en la adopción de modelos cuyo realismo esté asegurado por la experiencia.

En suma, el afán de mejorar la calidad de vida de los seres humanos justifica ampliamente que la sociedad invierta en aumentar selectivamente la atención a la demanda a nivel universitario y en mejorar la calidad de esta atención. La mejora en calidad se logrará en parte gracias a una intensificación de la cooperación internacional, diseñada conforme a modelos realistas y con la participación de subsectores mucho más extensos que el que hoy nos congrega en Quebec. Hago votos porque tal intensificación cristalice en muy corto plazo.